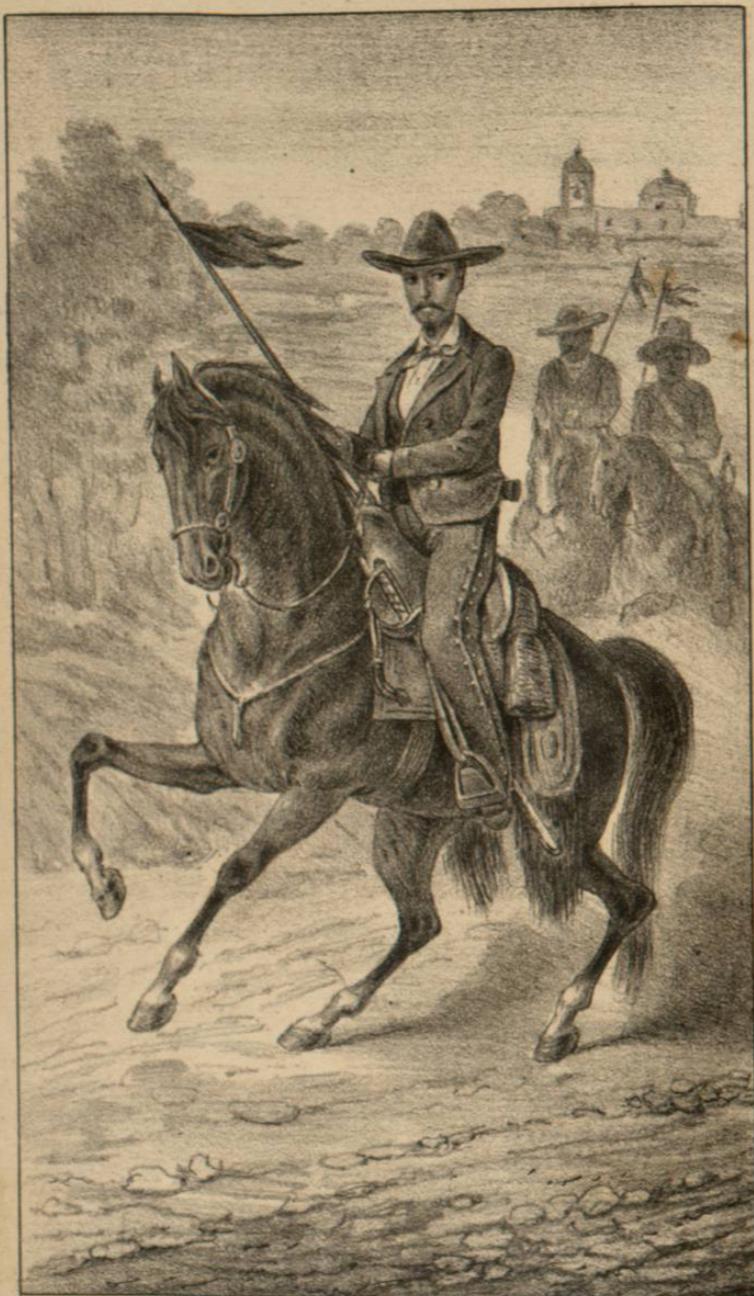


La cara de este retrato está copiada del que publica "El Libro Rojo."



NICOLAS ROMERO.

## CAPÍTULO XII.

(1864)

Alegría de los traidores por la defección de Elizondo.—Indiferencia con que fué vista por los republicanos.—Aparece en escena el más notable de los jefes de guerrilla, NICOLÁS ROMERO.—Retrato y rasgos biográficos.—Acción de Nijini.—Batalla del Tullillo.—Llegada de Maximiliano y Carlota á México.—Continúan los trabajos de zapa del bando clerical.—Intrigas de Uraga.—Actitud patriótica de Corona.—El general Arteaga al frente de los sucesos de Jalisco.—Berriozábal entrega el Gobierno de Michoacán al general D. Juan B. Caamaño.—Confidencias de este jefe al autor de la presente obra.—Desconocimiento de Uraga.—Traición de Uraga.

Gran contento produjo á las autoridades de Morelia la noticia de la defección de Elizondo. El acta de adhesión del traidor, certificada por el Lic. Alejandro Ortega, secretario general de Gobierno, fué publicada en medio de repiques y de salvas de artillería. Los partidarios del imperio en aquella ciudad, levantaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por el próximo triunfo de la santa causa, pues no dudaban de que, antes de muchos días, los demás jefes republicanos *de orden* seguirían el ejemplo de Elizondo.

En el campo liberal la noticia no causó sorpresa ni desaliento: todo el mundo esperaba ya la defección de aquel jefe inepto y harto remiso para pelear. En Zitácuaro, al saberse el acontecimiento, se celebró con músicas y cohetes, pues todos deseaban tener á Elizondo más bien por enemigo que por compañero de armas.

Por aquellos días el coronel Riva Palacio se hizo de un poderoso auxiliar con la llegada del guerrillero más famoso entre todos, por su valor, por su astucia, por la firmeza de sus principios, por la lealtad de su carácter, por la adhesión y cariño particular que profesaba al mismo Riva Palacio, por el respeto y amor que inspiraba á sus soldados, por la popularidad, en fin, que había alcanzado en donde quiera que se conocía su nombre, NICOLÁS ROMERO, nombre que está escrito indeleblemente en las páginas de la historia, como el de un héroe cuya personalidad es y será siempre un tipo legendario de los *chinacos*, de esos guerreros audaces, pero modestos; terribles en el combate, pero generosos con los vencidos; sin disciplina militar, pero incansables en la lucha; con un entusiasmo tan grande, con una fe tan ciega en la libertad, con una abnegación tan sublime, que el pueblo ve en ellos á sus mejores soldados, á sus paladines más distinguidos.

Nicolás Romero era nativo de la municipalidad de Tlalpan, y en su juventud sirvió de obrero en una fábrica de mantas de aquella ciudad. Allí se deslizaba tranquila su existencia, cuando oyó el fragor de la guerra en la lucha por la Reforma, y llevado de su entusiasmo, sentó plaza de soldado entre los guerrilleros de Ajusco é hizo en los alrededores de la ciudad de México la campaña de los tres años.

Al principiar la intervención, servía en una fuerza del 2º Distrito del Estado de México (Distrito que es hoy el Estado de Hidalgo); allí se acabó de perfeccionar en el arte del guerrillero, entre aquellos valientes *chinacos* que ha producido la tierra de Pachuca.

Ocupada materialmente esta comarca por numerosas fuerzas intervencionistas, y acéfala de Gobierno legítimo, Nicolás Romero emigró de ella buscando un campo en que seguir luchando contra los enemigos de la patria. ¿Dónde mejor que en Zitácuaro, nido de águilas y guarida de leones?

Nicolás, á la cabeza de cien jinetes, se presentó al coronel Riva Palacio y se puso á sus órdenes. Era de treinta á treinta y cuatro años. Mestizo en que predominaba la sangre indígena, su color era obscuro y terso, lampiño, de ojos pardos que de cuando en cuando relampagueaban, llenos de fuego,

pero que de ordinario miraban humildemente. Era bajo de cuerpo, delgado, y tenía en el carrillo derecho una pequeña cicatriz, consecuencia de una herida que recibió, durante la guerra de Reforma, en un combate cerca de Cuernavaca. Retraído en su trato, su aspecto parecía el de un hombre enteramente pacífico. Vestía de tricot negro y sombrero de fieltro. Cualquiera, al verlo, habría creído tener al frente á un humilde vicario de cura.

Jamás he visto un jinete como Nicolás Romero. Se sentaba en el caballo con tanta naturalidad, como si así hubiese pasado toda su vida. Le gustaba á veces *menear* el *penco*, lo que significaba que nadie, como él, sabía *arrancarlo* y *sentarlo* con sin igual donaire; lo hacía andar para atrás en largo trecho; arrendar con una destreza inimitable, brincar cercas y barrancas, trepar por peñas que parecían inaccesibles. A veces, cogido de la cabeza de la silla, y corriendo caballo y jinete, Nicolás hacía una *machincuepa* desde el suelo, volteando el cuerpo sobre la cabeza del corcel y cayendo sentado en la silla. Montar cuando un caballo pasaba á escape cerca de él, sin más que apoyar sus manos en las ancas del animal, era cosa que Nicolás hacía con una galanura admirable.

Y sin embargo, aquel hombre que así *travesaba* con un humor infantil, era una persona circunspecta, seria y hasta pudiera decirse adusta.

Así pues, si por aquellos días en Michoacán perdimos á Elizondo, ganamos á Nicolás Romero. ¡No podía ser más ventajoso el cambio!

Riva Palacio, que ya conocía los antecedentes del guerrillero, aumentó la fuerza de éste con la guerrilla Garza y una compañía de *Rifleros* que hacían, con la fuerza de Romero, un total de ciento cincuenta hombres, que desde luego salieron á expedicionar rumbo á Ixtlahuaca.

El 21 de Mayo daban pienso á la caballada en la hacienda de Nijini, cuando á eso de la una de la tarde, el enemigo que había salido de Ixtlahuaca en número de ciento cincuenta jinetes, comenzó á tirotarse con una avanzada de nuestro guerrillero. Este, al oír los disparos, mandó reforzar aquella escolta con la guerrilla Garza, mientras que al toque de bo-

BIBLIOTECA ALFONSO  
RIVA PALACIO  
CALLE DE LA UNIÓN  
MÉXICO

tasilla se organizaba su sección. Entretanto el enemigo se había posesionado de la altura que está al frente de la hacienda. *Garrocha* en mano se echó sobre ellos Nicolás Romero, á la cabeza de sus lanceros. Inútil es decir que la carga se dió con valor. Los traidores no resistieron largo tiempo. Aterrizados de aquel tremendo empuje, huyeron á todo escape. Perseguidos por espacio de cuatro leguas, en que tuvieron cinco muertos, se dispersaron en todas direcciones, dejando en poder de Nicolás Romero veinticinco prisioneros, treinta caballos, igual número de mosquetes, once sables, cinco clarines, más de cincuenta lanzas y muchas cartucheras. El combate terminó en las goteras de Ixtlahuaca, sin que la guarnición de esta plaza saliese en auxilio de los suyos. Los nuestros no tuvieron que lamentar pérdida alguna. Este triunfo proclamó, por primera vez en Michoacán, el nombre de Nicolás Romero. Al regresar á Zitácuaro fué saludado con entusiasmo por los vecinos de la heroica ciudad.

Nadie, empero, experimentaba la satisfacción que Riva Palacio, al ver que iba en aumento la pléyade de valerosos guerreros que lo rodeaban. Tomó personalmente el mando de su fuerza, y seguido de Nicolás Romero, de Luis Carrillo, de Agustín Granda, de Carlos Castillo, de Luis Robredo, de Pedro García y de otros jefes, con un ejército de poco menos que quinientos hombres, salió de Zitácuaro para ir á amagar á Toluca, distante diez y ocho leguas de la ciudad de México.

Era su propósito emprender un ataque de sorpresa sobre aquella plaza en el día mismo en que Sus Majestades el Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota hicieran su entrada solemne en México, la capital del Imperio, protestando de esta manera contra las falsas aseveraciones de la prensa intervencionista y de los informes de la Regencia, que trataban de hacer creer á los soberanos que el país estaba pacificado y que sólo en los confines del territorio quedaban gavillas que eran eficazmente perseguidas.

En Trojes se reunieron las fuerzas de Romero y de Castillo (trescientos jinetes) y la de Bernal (menos de doscientos infantes); mas por pocos que fueran los preparativos para la expedición, la marcha no pudo emprenderse sino hasta el 11,

tiempo suficiente para llegar á Toluca, si no el día preciso de la entrada á México de los soberanos, si uno ó dos días después. Se pernoctó el 13 en la hacienda del Salitre de Urendes, y el 14 se tomó el camino de la Gavia: á las ocho de la mañana, los exploradores avisaron que el enemigo se hallaba cerca de la venta de Guadalupe. En efecto, una columna de mil hombres, al mando del coronel Morel, había salido de Toluca para ir á atacar á Riva Palacio en Zitácuaro, con instrucciones de batirlo incesantemente, á fin de disolver las guerrillas que estaban á sus órdenes, sobre todo la de Nicolás Romero, cuya audacia era la pesadilla de los traidores. Riva Palacio dispuso inmediatamente batir al enemigo en sus posiciones, y conociendo el terreno por propia experiencia y por informes de los jefes que le estaban subalternados, destacó desde luego el cuerpo de rifleros al mando de Nicolás Romero, para flanquear á los imperialistas, y él, con la caballería de Castillo y los infantes de Robredo, marchó de frente hasta avistar al enemigo y formar su línea de batalla. Morel estaba situado en el punto llamado el Tullillo, y entre su tropa y la de los republicanos había una barranca de ancho cauce.

Los traidores, viendo el reducido número de sus contrarios, bajaron rápidamente al fondo de la barranca, y ya subían á paso de carga por el lado opuesto, cuando su retaguardia que, á las órdenes del mismo Morel y del ronco Estrada, sostenía, desde su primitiva posición, el avance de los suyos, se vió repentinamente atacada por la fuerza de Nicolás Romero y de Acevedo. Tan rudo fué el golpe, que en unos cuantos minutos los trescientos jinetes de Morel emprendieron la fuga en completa dispersión. Entonces, la columna de infantería conducida por Pascual Muñoz, se halló entre dos fuegos é imposibilitada de salir de la profunda quiebra: Muñoz cayó herido, ocultándose entre los muertos, y los soldados voltearon las culatas de sus fusiles y se entregaron á discreción del vencedor.

Los clarines tocaban alegres dianas en el campo del Tullillo, proclamando la victoria de los chinacos. El coronel Riva Palacio no cabía en sí de gozo, y arengaba á sus soldados felicitándolos por el triunfo.

BIBLIOTECA ALFONSO  
 PARRA  
 INSTITUTO VALLARTA  
 C. A. N. 2

Esta acción es la que el *Diario del Imperio* dió á conocer, diciendo: "que Riva Palacio, con sus fuerzas *unidas á las del guerrillero Caamaño*, sorprendió en el rumbo de Toluca un destacamento del coronel imperialista Valdés, cerca del punto llamado de la Cabra, y que su jefe, apellidado Muñoz, pereció allí, retirándose su tropa á Toluca." Semejante modo de desfigurar los hechos, se hacía adrede en los documentos oficiales del imperio, tanto para atenuar las derrotas de sus fuerzas, como para disminuir las glorias de nuestros jefes.

Levantado el campo y no teniendo objeto la marcha á Toluca, en donde ya no era posible dar una sorpresa, pues que Morel había llevado, á uña de caballo, la voz de alarma, Riva Palacio dió la orden de regresar á Zitácuaro.

En la noche, á la hora en que el coronel en jefe estaba cenando en la hacienda del Salitre de Urendes, se le presentó el teniente coronel Luis Carrillo, segundo de Nicolás Romero, y le dijo:

—Mi coronel, no tiene vd. más novedad, sino que los traidores andan haciéndose bola.

—¿Cuáles traidores?

—¿Cómo cuáles? Los prisioneros, señor; como son seiscientos y pico, y nosotros menos de quinientos, comienzan á insolentarse.

—¿Eso no es posible!

—¡Y cómo que sí! Usted dió la orden de que ellos mismos trajeran sus fusiles y sus cartucheras para no cargar con ese peso á nuestros hombres. Ya algunos han cargado sus armas. Si vd. gusta.....

—¿Qué, Carrillito?

—Les daremos una lanceada para que se les quite lo orgulloso.

—Si no lo hicimos en el acto del combate, menos lo haremos ahora.

—Pues qué, ¿cree vd. que los hemos de sosegar con arengas?

—Precisamente, Carrillito.

—Entonces esperaremos á que acabe vd. de cenar para que vaya á echarles el discurso.

—No se necesita tanto, Luis, vd. será el orador y con eso basta.

—¿Yo?

—Usted, y sobre la marcha, porque puede hacerse tarde: vaya vd., yo se lo mando.

Luis Carrillo salió rascándose una oreja, se dirigió al cuartel, mandó tocar llamada, y parándose enfrente de los prisioneros, dijo:

"Ex-traidores: de parte del coronel en jefe vengo á decir que ya sabemos que os andáis haciendo bola. Os ciega la confianza de que sois más que nosotros; pero, ¡cuánto os equivocáis! Si vosotros pasáis de seiscientos y nosotros no llegamos á quinientos, demasiado habéis visto, y lo demuestra también la historia, que nosotros los liberales somos hombres y que vdes. los mochos son c.....s! He dicho."

Parece que el discurso de Carrillito no carecía de elocuencia, pues los prisioneros entregaron espontáneamente el parque que tenían oculto y se retiraron tranquilos á dormir en sus cuadras. Al día siguiente, vencedores y vencidos, formando una sola fuerza, hicieron su entrada triunfal en Zitácuaro, en medio de nutridas salvas de cohetes y de los alegres sonos de la música.

Entretanto, México, la ciudad imperial, había estado de fiesta el día 12, memorable para los partidarios de la monarquía, porque en aquella fecha los *soberanos* Maximiliano y Carlota, *emperadores* de México, tomaron posesión del palacio de Moctezuma y de Iturbide, los ajusticiados del pueblo mexicano. ¡Las sombras de aquellos dos reyes han de haber saludado al prometido del Cerro de las Campanas!

Satisfechos ya los clericales por tener entre ellos á sus emperadores, no por eso se contentaron con los triunfos adquiridos en el terreno de las armas, ni desistieron de su política de cohecho y de soborno, antes bien se tornaron exigentes y apremiaron á los *comprometidos* á que llevarsen á cabo su defección. Uno de éstos, el principal, era D. José López Uruga,

BIBLIOTECA ALFONSO  
RIVERA Y GARCÍA  
CALLE DE LA ALFONSO  
MEXICO

según se ha podido sospechar desde los primeros capítulos de esta obra.

Como primer paso á la traición, aquel general había hecho subscribir á los jefes del Ejército del Centro un manifiesto que se publicó en la hacienda de San Marcos el día 28 de Marzo. En ese documento rechazaban los suscritos la denominación de *juaristas* y protestaban defender la independencia y la República, pero haciendo punto omiso de la Constitución y de las leyes de Reforma. “Esta circunstancia—dice el Sr. Vigil en el tomo V de *México á través de los siglos*—inspiró sospechas en los liberales acerca de la conducta de Uraga; y Corona, uno de los jefes que había firmado el manifiesto, publicó en seguida un remitido en el periódico oficial de Colima, diciendo, entre otras cosas, que en este documento se encerraba la protesta de que el ejército nacional no era un bando que sostenía á determinadas personas, sino que en él se juraba defender la libertad, la República y la independencia de la patria, identificada en la Constitución de 1857 y en las leyes de Reforma.

“La aparición de aquel remitido provocó en alto grado la cólera de Uraga, quien escribió una carta á Corona, tratándole con la mayor dureza, y acabando por decirle que esperaba pidiera su licencia, que estaba pronto á concederle. La lectura de esta carta fué para Corona un rayo de luz que justificaba sus presentimientos sobre las miras ocultas de Uraga..... En consecuencia, dirigió á Arteaga, que estaba en Cocula, un oficio en que le pedía su separación para retirarse á continuar la defensa de la patria en el lugar que la suerte le deparara, fundándose para ello en razones personales y privadas. Arteaga quiso conocer esas razones, y al mostrarle Corona la carta mencionada, exponiéndole al mismo tiempo su convicción de que el general en jefe marchaba por un camino contrario á la grandeza de la causa que defendían, y acabando por aconsejarle que se desconociera á Uraga y que Arteaga asumiese el mando del Ejército del Centro, uno de los mejores cuerpos con que contaba la República en aquella época. El Gobernador de Jalisco (Arteaga) le contestó con toda buena fe, que no estaba de acuerdo con tales apreciaciones,

nes, y que no le concedería la separación hasta hablar con Uraga en Sayula, á donde se dirigió aquella misma tarde. Tres días después volvió, diciendo que iba facultado para concederle la licencia, pero que le manifestaba que el enojo de Uraga se había calmado, autorizándole para hacerle presente que estaba contento de haber encontrado un hombre tan enérgico, con quien deseaba tener una entrevista, seguro de que se entenderían, resultando acaso una ventaja para la posición militar de Corona. Pero las cosas habían ido demasiado lejos para que éste tomase en serio semejantes proposiciones; así fué que insistió en pedir su licencia, que se le concedió definitivamente, obteniendo al mismo tiempo el permiso de llevarse consigo una pequeña fuerza que en Mascota se había sublevado con motivo de haber sido depuesto el comandante Don Angel Martínez, por tomar la defensa de Corona en una discusión suscitada á propósito de los sucesos que quedan referidos. Tales fueron las causas que determinaron la marcha de este jefe desde el Sur de Jalisco hasta los Estados del Norte y de allí á Sinaloa, en donde la suerte le tenía reservado el papel importantísimo que representó más adelante en defensa de la República.” Tal fué, repetiré yo, el motivo por que el Ejército del Centro perdió á uno de sus jefes más distinguidos.

En dicho ejército se levantó una grito sorda contra Uraga por tan reprobados manejos, é irritado éste, expidió su célebre circular de 10 de Junio, mandando perseguir á los descontentos y que se castigara á los individuos de la tropa que, según decía, comenzaban á relajar la disciplina militar. “En tales circunstancias, el general Arteaga, instruido á fondo de los proyectos de aquel jefe, se colocó resueltamente en el puesto que su deber le indicaba; desconoció su autoridad y retirándose á Tecolotlán, expidió un manifiesto en que le declaraba traidor y le aconsejaba que se separase si no quería ser responsable de los desastres que pudieran sobrevenir.”

Pero no anticipemos los hechos. He referido la llegada de Maximiliano y los acontecimientos que pasaban en el Sur de Jalisco; porque lo primero marcó una nueva faz de la guerra en Michoacán, y lo segundo, como perteneciente al Ejér-

BIBLIOTECA ALFONSO  
MUNIZ GARCÍA  
UNIVERSIDAD DE SINALOA  
C. A. N. 2

cito del Centro, se relaciona íntimamente con los antecedentes y elementos de la campaña en el Estado.

Los sucesos que en su territorio pasaban eran tantos y tan complicados que, por más que he procurado seguir un orden cronológico riguroso, esto no ha sido posible, y por lo tanto he tomado, por decirlo así, grupos de acontecimientos que no pueden aislarse, y he referido lo relativo á cada uno desde su principio hasta su término.

Voy ahora á tomar de nuevo el hilo de la historia que se refiere al personal del Gobierno del Estado de Michoacán, á fin de enlazarla con algunos otros hechos.

Se recordará que, retirados de Uruapan los franceses que mandaba el general Douay, el Gobernador general Berriozábal regresó á aquella ciudad y emprendió activamente trabajos de reorganización, no obstante las dificultades que le suscitaba una oposición que no sé cómo calificar, pues en ella no había más que ambiciones personales. No fué sólo éste el obstáculo con que tuvo que luchar Berriozábal. En el cuartel general se le hostilizaba, porque Uraga comprendía muy bien que jamás podría contar con él, ni seducirlo ó engañarlo para que secundase sus planes. Lo hizo, en consecuencia, objeto de intrigas, de pequeñeces y miserias que tenían el innoble objeto de hacerlo renunciar. Si, como era de temerse, las guerrillas de republicanos llegaban á ser el instrumento de los que en Michoacán ambicionaban el Gobierno del Estado, y no podía sobreponerse á ellas, por carecer del apoyo del Cuartel General, Berriozábal estaba casi en la imposibilidad de seguir una política cualquiera en el Gobierno. Resolvió, por fin, presentar su dimisión, que le fué admitida en el acto, con orden de que marchase al Cuartel General. Entregó el despacho del Gobierno al general D. Juan B. Caamaño, nombrado por el general en jefe del Ejército del Centro, Gobernador y Comandante Militar de Michoacán, y lo comunicó así á las autoridades del Estado por medio de la siguiente circular:

“Admitida por el General en Jefe del Ejército Republica-

no la renuncia que del Gobierno y Comandancia Militar del Estado he hecho, y nombrado por el mismo para substituirme el C. General Juan B. Caamaño, hoy le he hecho formal entrega de ambos mandos.—Uruapan del Progreso, Marzo 21 de 1864.—*Felipe B. Berriozábal*.—C. Prefecto del Departamento de.....”

Dos ó tres días después, el general Berriozábal salió de Uruapan, emprendiendo la más cansada, difícil y peligrosa marcha que en aquellos momentos podía hacerse. No se dirigió al Cuartel General, porque ya por entonces corría muy válido el rumor de la defección de Uraga. Seguido de su familia y de otras varias, y escoltado por los cien hombres que formaban el cuerpo “Carabineros de Toluca,” al mando del general D. Antonio Alvarez, emprendió el camino de Monterrey para presentarse al Presidente D. Benito Juárez. Iba, pues, á atravesar, y así lo hizo, de Sur á Norte la extensión de la República mexicana, pasando precisamente por los Estados que ya ocupaba militarmente el enemigo, cuyas columnas, además, estaban en constante movilidad. La expedición tardó más de dos meses, en medio de peligros sin cuento, acampando en los bosques ó en los desiertos, falta de recursos y sin poder siquiera cambiar la caballada. A todo se sobrepuso Berriozábal, venciendo cuantos obstáculos se le presentaron, y por fin llegó ileso á la capital de Nuevo León á ponerse á las órdenes de D. Benito Juárez. Por lo tanto, ya no tendré ocasión en estos apuntes de volver á ocuparme del caballeroso caudillo que tan gratos recuerdos dejó en Michoacán.

Tan luego como Caamaño se encargó del Gobierno, se notó mayor actividad en los diversos ramos de la administración.

En aquella época tenía Caamaño veintiocho años de edad: era de baja estatura, pero vigoroso y arrogante. Se tenían de él los antecedentes de ser un militar instruido, valeroso, infatigable, y todos sabíamos que en la célebre batalla del 5 de Mayo de 1862 su participación había sido gloriosa y casi decisiva.

COPIA ALFONSO  
 PUNY H. G. Y A. LIBRERÍA Y PAPETERÍA  
 U. S. A. N. E.